

ULTRAFEMME

MÓNICA R. RAVELO



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Imagen de cubierta: Rocío García: *Piel de conejo*, 2012
(óleo sobre tela, 160 x 140 cms). De la serie
El regreso de Jack el castigador
© Mónica R. Ravelo, 2021
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2021

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798332783005

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

ULTRAFEMME

ES DIFÍCIL VER la ópera entre dos cabezas. La calva del viejo de la izquierda, alta como una torre, y la melena revuelta de la señora a la derecha. Los cabellos de ella rozan la piel lisa y brillante de él, es una caricia leve y cosquillosa. Imposible ver los zapatos de la protagonista mientras las materias se besan. Incluso, el vestido parece una mancha roja sobre la cual hubieran extendido una tela de araña con el mismo color del pelambre avejentado de la señora de la derecha. He perdido interés en la trama. Entre pelo y pelo, rescato los hilos de luz que se dispersan sobre el terciopelo de los asientos. Salto de cabecera a cabecera, de un borde al otro, como sobre la rayuela. El rojo de las butacas es menos intenso en relación con los trocitos de vestido que logro distinguir entre los viejos.

Busco a Daniel entre los asistentes, tal vez quiera darme una sorpresa y me esté esperando aquí dentro. Demoraremos en vernos porque a estas alturas señorea la oscuridad. «Si te dije que voy es porque voy», dijo y, en verdad, sonó a frase hecha. Ay, el sexo maldito que une, enfría y desune.

«¿Por qué te das a medias? ¿Por qué todo lo haces a medias?» ¿Qué es todo para él si apenas me conoce? Para colmo, estos viejos no me dejan ver. Pagué la entrada y tengo ante mí el *before/after* de una campaña por el implante. La resignación me obliga a entretenerme en medio del espectáculo:

«Si percibes un pajoso, uno solo, en esta puesta de *La traviata*, te compro galletitas de chocolate». Busco ansiosa entre las manos accesibles a mi vista, movimientos de cabezas, posibles vibraciones de asientos. Estas entradas son más caras que las de los cines, la ópera se presenta una vez al año: los pajosos se morirían de hambre si esperaran a eventos tan excepcionales para masturbarse en público. Adiós a las galletas.

Con el primer intermezzo la vieja se levanta del asiento. Ahora es fácil divisar la fiesta de Violeta, los invitados y el sabor a bacanal que me arrastra a la niñez. El joven llega repentinamente, no comprendo sus palabras, pero es evidente que solicita el amor de la mujer adulta, gozadora de hombres. Esa mujer que cada vez se parece más a mi madre con la cabellera cobriza bordeando los hombros y rozando los senos. Los senos como calabazas, grandes como los de mi madre, luchan por salir del saco. El rojo del vestido, tan rojo como su boca el día en que mi hermana y yo regresamos de la escuela y la pillamos por un hueco, enredada con dos hombres. Mi padre no la habría compartido y por eso sentimos rabia de verla acariciando a dos desconocidos sobre la cama que también era de él. Una vez papá se lo dijo claro: «Si te cojo con

otro, te mato» y le apretó el mentón tan duro que se le puso rojo. Al menos, así se veía por el hueco de la pared que separaba nuestros cuartos. También vimos que la haló por la cabellera, entonces lacia y brillante, y la batió con fuerza por los hombros. Los dos cayeron al piso y él se enroscó sobre ella, con los dientes en su cuello mientras amasaba la inmensa teta que se salía de la mano. Mamá trató de apartarlo y nosotras pensamos que luchaba por abrazarlo más fuerte. Ella no emitió un quejido, pienso, por protegernos.

Mi hermana y yo creímos que aquello era parte del ritual amoroso. Por las películas románticas habíamos aprendido que el acto de posesión venía acompañado de cierta fiereza, donde el macho dejaba claro su dominio y esto hacía que la mujer, hasta el momento inaccesible, cediera más ligera que una rosa. Me gustaba que papá y mamá estuvieran juntos, como en los finales de las películas de amor. La mayoría de los niños en el colegio eran hijos de padres divorciados y nosotras teníamos la suerte de tenerlos a los dos en casa. Eso le expliqué entonces a mi hermana de cinco años que, por lo general, solo entendía las elocuencias de su intuición y de mi ejemplo. Quizás uno de sus sentidos le alertaba que algo extraño ocurría. Seguía mirándome azorada, a pesar de las explicaciones. «Hay cosas que nosotros no vemos en las películas de amor, le dije, en cuanto la pareja se casa, pasan los letreros, ¿por qué? Para no verlos haciendo lo mismo que mamá y papá». Desde ese momento me gustaron menos los filmes románticos. En lo más hondo de mí, con la profundidad a que puede alcanzar una vivencia

como aquella en los ojos de una niña de diez años, se gravó el desprecio a ciertas partes del amor.

Después que papá se fue, ella dejó de ir a la peluquería. Se soltaba la cabellera revoltosa a lo ancho de la cara y la expresión de puta se le salía con mayor vehemencia. No distingo el rostro de la protagonista, pero así más o menos era el peinado que usaba nuestra madre. Hasta el cuerpo se parece y, diría más, se parece a mi hermana, porque ella y mi madre se parecen mucho. Yo llevo el pelo de mi padre, oscuro y exiguo, por eso lo corto. Daniel me preguntó por qué no me peino como mi hermana. Le respondí como pude: «ella es ella y yo soy yo» pero, en el fondo, no me gusta parecerme a mi madre. ¿Por qué ese rechazo si ella ha sido una víctima del destino? No sé, no quiero pensar tanto a esta hora, en un teatro de lujo. Si me paso la mano por la frente se me irán el odio, la culpa, y quizás olvide que Daniel me embarcó. Ya lo he dado por olvidado; vine sola y debo hacerme cargo de mi decisión. Lo que no me habría perdonado era quedarme en casa esperando por un maldito hombre. Me dará más gusto contar lo que vi, reírme en su cara por no llegar a tiempo.

Los personajes parecen monigotes, vienen y van alrededor de la cortesana. Recuerdan mis muñecas de trapo, tuve colecciones. Las amaba más que a las de goma, aunque en muchas ocasiones sufrí por ellas. Cuanto más las quería, más rápido se abrían echando la guata fuera, podridos los hilos y los cuerpos abiertos. Me dejaban sola entre una hermana pequeña-inútil y mi madre puta.

Vestidos, colores, brillos, sigo con las dudas, ¿por qué se me ocurrió venir a la ópera?, ¿por qué el viejo calvo se esmera en molestarme moviendo el mapa-mundi a derecha/izquierda? ¿A dónde salía mi hermana, me preocupó, a la misma hora en que salía yo? Se contoneaba de un lado al otro de la casa, cambiaba vestidos y zapatos para preguntarnos a Daniel y a mí: «¿cuál me queda mejor?». Nosotros no podíamos decir porque todos lucían bellos. Solo ruego que mientras estoy aquí, ella y sus ropas permanezcan a salvo. Siempre pienso en mi hermana. Desde niña me despertaba asustada. Encontraba el sosiego al verla a mi lado, dormida, apacible. Eran los tiempos en que entraban y salían los hombres, fornidos y altos, altos y flacos y un señor mayor, bajo, gordo, que nos daba caramelos. Un día me dije: «si estas cosas continúan, me escapo con ella a la casa de la abuela». Estaba preparada para salvarnos. Mamá me oyó decirlo y me agarró muy fuerte el brazo, «si te atreves a irte con tu hermana las voy a encontrar y el pase de golpe no lo vas a olvidar nunca». Sus ojos ardían con la amenaza. Penetró las uñas en mi piel por un buen rato, suficiente para que se quemara la sartén que había dejado en el fogón y para que yo saliera herida. Esa tarde nos comimos las papas quemadas en el más respetuoso de los silencios.

Mi mayor culpa es no haberle ido en contra mientras tuve tiempo. Ella estaba sobre la cama de papá con los dos hombres. Nosotras mantuvimos el ojo pegado al hueco de la pared y la vimos con la boca muy roja, tan roja como el vestido de la protagonista. No quiero recordar... el joven discute con el padre que no quiere

que ame a la cortesana, la calva de mi vecino se mueve eufórica con el deseo de gritar ¡Bravo! Los mismos recuerdos, los mismos demonios. Me asaltan una vez más la cara del blanco primero y la del mulato después, uno detrás del otro entraron en nuestro cuarto. La última vez que miré por el hueco vi a mi madre acostada boca arriba en la orilla de la cama, con los bucles revueltos, como una gata vieja que muriera al final de la penetración. Por eso grité: «Mamá está muerta, ustedes la mataron», y grité más alto por la ayuda de los vecinos. El blanco me apretó el mentón como se lo había visto hacer a mi padre y balbuceó la amenaza de matarme con mucho sexo, como a ella. Pero no era cierto, en poco tiempo oí la voz de mi madre pidiendo auxilio y uno de los hombres se ausentó de nuestro cuarto para ir a callarla de un piñazo.

Mi hermana era un ovillo, callada, temblorosa. Solo yo gritaba, antes que el blanco me tupiera la boca con el tubo largo y duro que se sacó del pantalón. Sacaba y metía, vomité, se excitó más. Ojos de loco. Cara roja, ojos rojos, quise huir de mi realidad y miré a la izquierda, más colorado estaba el cuerpo de mi hermanita que se abría en el borde de la cama, de cara al techo. El mulato le pasaba la punta del tubo por el centro del sexo y luego por el cuerpecito inocente. Mantenía la cara y los ojos apretados. Salté por mi propio dolor, como si un cuchillo me hubiera penetrado de la entrepierna hacia arriba. Pero no lo sentía en mí, en la pureza de mis doce años, sino en ella. La obligaron a abrir la boca y como si fuera el cuenco de cualquier cosa y no la boquita inocente de mi hermana, el hom-

bre le echó el jugo de su tubo y la forzó a tragar. Nos salvaron los toques en la puerta. Mi madre no había muerto por el piñazo, a pesar nuestro. «Esas cosas no se dicen», me dijo la vecina, «no deseas la muerte de tu madre», pero si no lo decía al menos lo pensaba y tanto lo deseé que...

No sé por qué hablo tanto de la muerte, a esta hora y en un teatro lujoso. Depresión, enfermedad de la personalidad, negación de la vida, eso me dijo un especialista. La depresión está en todos, pero no en igual grado. ¿Por qué los finales son siempre buenos cuando terminan con la muerte del personaje? El hombre no precia su vida y el desprecio que siente hacia sí mismo lo enmascara con la tragedia del otro. El escritor mata su creación de muy diversas maneras. Y el poder que ostenta en la ficción es su impotencia ante lo real. Al lector le gusta saber que a los otros les ocurre lo mismo, dispuesto a autodesecharse con la misma frialdad con que lanza la mierda hacia las cloacas. Ambos saben que la muerte no es placer, pero es inalienable. Juegan a ser Dios sobre sus tristes monigotes ficticios cuando en el fondo temen por sus cuerpos inmundos.

Era de saber que se avecinaba la muerte, no fue una premonición sino la energía que hay en todos los sucesos de la vida. Por fuerza, esto y lo otro tenían que suceder. Es el ritmo interno de la materia. La protagonista sufre tos. Pudiera morir de un modo más contenido, espasmos más ligeros sacudiéndole el torso. El calvo cree en la trama y mueve la chambelona sin vergüenza, creo que llora... ah, esconde la cara para susurrarle algo

a su hombre, por suerte la cabeza de su acompañante no me molesta a mí sino al de mi izquierda.

Cae en la almohada una y otra vez, entre batas blancas. Entra el joven que la ama, entra el padre que la odia y ella se parece más a mi madre cuando se revolcaba sola en la cama, con el dedo en la perilla, frotándose y palmando arrítmicamente entre las piernas. Abría y cerraba las rodillas, de cara al espejo, y cada vez ejercía más presión sobre la mano y contra el clítoris. Hubo un tiempo en que la imité, la miraba por el hueco y hacía lo mismo. Más tarde entendí que mi madre había llegado tarde a la lección, era más fácil introducirme algún objeto o apretarme contra la almohada. Ella muere. Esta vez sí es la muerte. La misma languidez, la luz opaca y blanca sobre el rostro como cuando encontramos a mamá en la morgue. Los labios de mi madre vestidos de cianuro, olor a polvo viejo, teatro húmedo con sabor a barrio. Me abalancé sobre ella como sobre mis muñecas destripadas. No sé por qué le pedía perdón, ahora no recuerdo bien, tal vez lo hacía porque muchas veces había pensado poner veneno en su taza.

Aplausos.

Escaleras de mármol como su lápida. Atrás las ovaciones, los cortinajes, el viejo, su calva y su amante. Voy hacia un mundo más enfermo, gracias que la muerte existe y se renueva la podredumbre. Todos tenemos derecho a empezar de cero...

¡Adiós, disquisición, no quiero pensar más!

¿Mi hermana en la puerta de salida? El vestido violeta, el pelo ensortijado, los ojos grises.

¿Quién trajo a mi hermana hasta aquí? Espera por alguien.

Daniel.

La toma del brazo. Cerca su cintura. Unen los labios.

Quiero abalanzarme sobre ellos, sobre él, matarlo a golpes. Bestia.

Oigo la voz ronca del especialista: «La pequeña es más inteligente, se repondrá más rápido». Yo, sentada en la butaca frente a él, supe que soy menos inteligente, que quizás no olvide nunca.

Cuando mi padre nos dejó, juré que otro hombre no me vería llorar. Daniel no sabrá que me ha herido. Este dolor es tan fuerte como la daga del hombre blanco. Y ella, amada mía, cerrando los ojos para no saber, inventando su coraza mientras yo me condeno a sentir mi dolor en su piel, su pena en mi alma.

Pobre asquerosa muñeca de trapo, tan parecida a mi madre.

ÍNDICE

Ultrafemme /	7
No photograph /	17
Disolvencias /	25
Con qué puedo retenerte /	31
June /	39
El Diablo Cartier de Babas Van Cleef /	43
Posparto /	53
Viva entre hormigas /	61
La culpa es de la ventana /	71
Povera vida /	85
PP en HD /	99
Chica de portada /	119